

SOEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
Catedral de Astorga, 25 de diciembre de 2015

¡Feliz Navidad!

“Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor tierra entera, gritad, vitoread, tocad.” Estas palabras del salmo 97, que hemos repetido como respuesta en el salmo responsorial de la liturgia de esta Misa, nos sirven esta mañana de la Navidad del Señor para expresar nuestro gozo y nuestra alegría por la conmemoración del Nacimiento de Cristo, nuestro Salvador.

De un extremo al otro de la tierra la Iglesia se reúne hoy para dar gracias a Dios porque, en este Niño que nace en Belén, la humanidad puede contemplar y ver la fidelidad y la misericordia de Dios. Los creyentes lo hemos descubierto por la fe y los demás hombres están llamados a descubrirlo a través de nuestro testimonio de fe.

El Misterio de la Navidad es un Misterio de Amor escondido desde antiguo en los inescrutables planes de Dios. Pero hoy, en la plenitud de los tiempos, se nos revela en Jesús, nacido de la Virgen María ante la atenta mirada de San José y la alegría de los ángeles que cantan “gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”. Los cristianos, unidos a los ángeles y a toda la creación, cantamos un cántico nuevo al Señor que ha hecho maravillas e invitamos a todos los hombres de buena voluntad a cantar con nosotros este Misterio de amor.

El salmista nos narra las maravillas que Dios hace con los hombres desde la experiencia religiosa del Pueblo de Israel: “El Señor, dice, da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia, se acuerda de su misericordia y su fidelidad”. En este día de Navidad los cristianos cantamos las maravillas que Dios ha hecho en este Niño que nace en Belén para bien de toda la humanidad. Este Niño que ahora llora como cualquier bebé y necesita los cuidados de su madre y de José, es el Fuerte de Israel que realizará la maravillosa obra de redimir a la humanidad del pecado y de la muerte y restaurar todas las cosas que el pecado de Adán había dañado. Este Niño se presenta ya ante el mundo como el Rey de reyes que da a conocer su victoria a todos los hombres y a todas las razas de la tierra y ya se postran ante él todos los pueblos de la tierra. Este tierno Niño Jesús es el reflejo de la gloria de Dios Padre e impronta de su ser misericordioso y fiel a sus promesas de salvación para todos los hombres.

Con el Misterio del Nacimiento de Jesús, Dios perfuma con su amor y su misericordia el orbe entero para que los hombres no vivamos ya sumidos en el mal olor del pecado sino en la frescura del aroma de la nueva vida de la gracia. Es justo, pues, que respondamos a este derroche de amor divino alabando, bendiciendo y amando como Dios nos amó en su Hijo Jesucristo.

¿Cómo ayudar a los hombres de hoy para que se acerquen al Misterio de amor que hoy celebramos? Muchos viven como Herodes encerrados en su castillo sin ver la luz de la fe que trae la estrella de Belén. Siguen pensando que la fe es algo ilusorio y la Navidad un cuento o un mito que el hombre puede adaptar a su gusto. Y así vemos cómo hoy se intenta desde algunas instancias tergiversar la narración del Nacimiento de Cristo que nos transmite san Lucas, no para buscar una base histórica más científica sino para adaptarla a las exigencias de lo que hoy es “políticamente correcto”.

El Papa Francisco en su primera Encíclica **Lumen Fidei** nos mostraba las claves con las que hemos de afrontar esta objeción de los hombres de nuestro tiempo cuando

afirmaba: “Es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo” (LF nº 4).

Hermanos: Las fiestas de la Navidad son también una ocasión muy adecuada para dar testimonio de nuestra fe en este Niño que nace en Belén y que es el Salvador del mundo. Un testimonio de fe sencilla ante nuestros familiares y amigos en esas reuniones que tanto se prodigan en este tiempo. Mostrémosles con nuestras palabras y con las obras de nuestra vida cómo la fe en Jesús nos transforma en hombres nuevos que derrochan amor, generosidad, paz y alegría. Y cómo nuestra fe ha nacido del encuentro con Jesucristo, el Dios vivo y verdadero que por nosotros los hombres y por nuestra salvación nació de María Virgen. El testimonio personal es la mejor forma de ayudar a nuestros convecinos a reconocer a Dios hecho hombre en este Niño que nace.

Vivamos la Navidad con verdadera fe recordando el encuentro con Jesús que cambió nuestra vida. Vivamos la Navidad con la austeridad propia del portal de Belén sin dejarnos llevar por los reclamos del derroche y del consumo desenfrenado. Vivamos la Navidad sintiéndonos solidarios de todos los hombres, especialmente de los hombres más necesitados. Así como Dios hoy se hizo solidario con nosotros y no tuvo a menos hacerse hombre, así nosotros debemos hacernos solidarios con aquellos que necesitan de nuestra ayuda material o espiritual. La Navidad es un buen momento para prepararnos a ejercitar las obras de misericordia corporales y espirituales con las que debemos adornar nuestra vida en este Año Jubilar. Con fe y con amor demos testimonio de generosidad y de alegría porque nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor que ahora se hace presente en medio de nosotros bajo las especies del pan y del vino consagrado. Acudamos a comulgar con el alma limpia para llenarnos del amor de Dios de modo que nuestra caridad no sea una farsa sino expresión de un amor que perdura y nos hace fuertes.

† Juan Antonio, obispo de Astorga